

IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2017.

¿Qué es un psicoanalista?.

De Olaso, Juan.

Cita:

De Olaso, Juan (2017). *¿Qué es un psicoanalista?. IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-067/853>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eRer/HPV>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

¿QUÉ ES UN PSICOANALISTA?

De Olaso, Juan

Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

Se interroga el lugar, la función y la posición del psicoanalista. Se pone en cuestión el problema del ser del analista, y se procura dar cuenta de la operatoria de su deseo. La noción de acto psicoanalítico y la cuestión del fin del análisis echan cierta luz sobre el lugar, cuanto menos paradójico, que ocupa quien dirige el proceso de la cura.

Palabras clave

Deseo del psicoanalista, Ser, Saber, Acto analítico, Castración

ABSTRACT

WHAT IS A PSYCHOANALYST?

It is interrogated the place, function and position of the psychoanalyst. The problem of the being of the analyst is called into question, and an attempt is made to account for the operation of his desire. The notion of a psychoanalytic act and the question of the end of the analysis shed some light on the place, much less paradoxical, that occupies who directs the process of healing.

Key words

Desire of the psychoanalyst, To be, To know, Psychoanalytic act, Castration

Desde hace un tiempo (de Olaso, 2015b, 2016) venimos interrogando la noción de *deseo del psicoanalista*, procurando situar las coordenadas que han llevado a Lacan a postular semejante función operatoria. En ese marco, hemos destacado cómo el autor francés tiende a plantear los problemas y las preguntas de la clínica desde el lugar del psicoanalista: “El psicoanálisis, como dije un día, es lo que hace el psicoanalista, ésta es su principal característica: hay que partir del psicoanalista” (Lacan, 1969-70, p. 87).

Así, conceptos freudianos claves como *resistencia* o *transferencia* son abordados desde el lugar de aquel que dirige la cura. Un destino semejante sufre el deseo, desde el momento en que Lacan anuncia en el *Seminario 8* que va a “poner en el centro de la cuestión lo que articulamos este año, la función del deseo, no sólo en el analizado, sino esencialmente en el analista” (Lacan, 1969-70, p. 200). De modo que la clínica se estructura, se lee y se ordena desde el lugar del psicoanalista.

De ahí, pues, la pregunta que da título a estas líneas, y que pone el acento en un *qué*, no en un *quién*. Ahora bien, ¿cómo definir al psicoanalista? ¿Es algo? ¿Es? Y si así fuera, ¿es siempre igual, es siempre lo mismo? Es evidente que no: basta, por ejemplo, con confrontar el comienzo y el final del análisis para apreciar que una cosa es la institución del analista (la entrada en análisis, el establecimiento del Sujeto Supuesto Saber) y otra muy distinta, casi antagónica, es la destitución del mismo (su caída como resto, su “eliminación”, al final del proceso de la cura).

Tal el fundamento del *acto psicoanalítico*, tal como lo presenta Lacan en 1968, y que supone que el analista trabaja, opera, incluso interpreta, a favor de su propia destitución. Razón por la cual, enfatiza el autor, los analistas manifiestan tal incomodidad, tal desconocimiento, ante el acto que fundan. Es que, precisamente, si algo caracteriza a un acto es que “destituye en su fin al sujeto mismo que lo instaure” (Lacan, 1969, p. 395). Años más tarde, Lacan llegará a formular, directamente, que el psicoanalista tiene “horror de su acto” (Lacan, 1980).

Falta en ser, falta en saber

Pero la discusión sobre el ser, o el supuesto ser, del analista, había comenzado mucho antes. En *La dirección de la cura y los principios de su poder*, donde el psicoanalista es puesto en cuestión –más aún, puesto en el banquillo–, la confrontación se establece fundamentalmente con ciertos postulados doctrinales de la época, en particular de Sacha Nacht. En efecto, Nacht, cuya concepción de la cura se funda en una reeducación emocional del paciente, propone que “el analista cura menos por lo que dice y hace que por lo que es” (Lacan, 1958, p. 567). De modo que la eficacia analítica estaría soportada más por el ser del psicoanalista que por su acción.

Sin lugar a dudas, las páginas iniciales del escrito que estamos comentando constituyen una respuesta –o varias– al respecto. Ya desde el provocativo subtítulo, “¿Quién analiza hoy?”, Lacan critica la concepción del análisis y de la transferencia que se deduce de semejantes máximas. Quizás en esa misma dirección debamos leer la célebre proposición de que el analista “también debe pagar”. Recordemos la secuencia: paga con palabras, en tanto puedan ser elevadas a un efecto de interpretación; paga con su persona, en la medida en que la presta como soporte de los avatares transferenciales; y paga con su juicio más íntimo, en una acción –subrayemos– que va al “corazón del ser” (*Ibid.*).

Y unas líneas más adelante, parafraseando a Nacht, Lacan señala que el analista “está tanto menos seguro de su acción cuanto que en ella está más interesado en su ser” (*Ibid.*). Cabe destacar, de paso, que este “interesado” alude más a un sujeto comprometido, concernido, que a uno que tiene intereses o anhelos.

¿Qué es este juicio íntimo que va al corazón del ser? El escrito de 1958 deja la cuestión abierta, sin mucha explicación, y de donde se podría inferir que el peso recae sobre los prejuicios. Pero el párrafo es retomado hacia el final del Seminario de “La ética...”, en el contexto de la demanda de felicidad y la promesa analítica, echando posiblemente algo más de luz.

Lacan sostiene allí que “es necesario que [el psicoanalista] pague con un juicio en lo concerniente a su acción. Esta es una exigencia mínima. El análisis es un juicio. Es exigible siempre en otros lados, pero si puede parecer escandaloso avanzar esto aquí, probablemente hay alguna razón para ello. La razón es que desde cierto

ángulo, el analista tiene altamente consciencia de que no puede saber qué hace en psicoanálisis. Una parte de esa acción permanece velada para él mismo” (Lacan, 1959-60, pp. 347-8).

Acaso este sea el punto medular del problema: un núcleo de no-saber inherente al propio quehacer del analista. Y, desde ya, la cuestión es hasta dónde éste último puede soportarlo. Da la impresión de que este pagar con un juicio, además de los otros dos, atraviesa de modo visceral la posición del psicoanalista: toca su castración, y no solo su *falta en ser*, también su *falta en saber*.

Por supuesto, la relación del psicoanalista con el saber presenta múltiples dimensiones y derivaciones en la enseñanza de Lacan. Mencionemos algunas: la *docta ignorancia*, concepto introducido por Nicolás de Cusa que Lacan incorpora a la hora de situar “lo que el analista debe saber, ignorar lo que sabe” (Lacan, 1955); la transferencia y la instauración del Sujeto Supuesto Saber; el renovado elogio de Sócrates y su particular relación con el saber, incluso su “saber sobre la falta”; la formalización del discurso analítico, donde el saber ocupa el lugar de la verdad, lo cual impide totalizarlo, hacerlo un todo-saber; no podemos soslayar, en este sucinto inventario, el ciclo de charlas que Lacan realiza en Saint-Anne bajo el título “El saber del psicoanalista”, donde interroga una y otra vez la relación, cuanto menos problemática, del analista con el saber.

Al mismo tiempo, se recordará que Lacan había definido la castración, la castración del Otro, como una falla en el saber: de ahí el *Él no sabía* tan fundamental, extraído de una interpretación freudiana, y a partir de la cual se establece una correlación entre este no-saber en el Otro y la constitución del inconsciente (Lacan, 1958-59). Como es habitual, Lacan termina aplicando ese *Él no sabía* al analista.

Volvamos a *La dirección de la cura*... Los pagos que debe realizar el analista se articulan con su libertad de acción. Así como la táctica interpretativa ofrece un margen de maniobra más que amplio, y la estrategia transferencial otro más estrecho, Lacan enfatiza que “el analista es aun menos libre en aquello que domina estrategia y táctica: a saber, su política, en la cual haría mejor en ubicarse por su falta en ser que por su ser” (Lacan, 1958, p. 569). Otro guiño a Nacht, a quien bautizará a la brevedad “el doctrinario del ser”.

Por eso la insistencia de Lacan con ciertas preguntas a la hora de concluir este apartado del texto: “¿quién dirá lo que es el analista y lo que queda al pie del muro de la tarea de interpretar” (*Ibid.*, p. 571). Y unas líneas después: “¿Quién es el analista? ¿El que interpreta aprovechando la transferencia? ¿El que la analiza como resistencia? ¿O el que impone su idea de la realidad?” (*Ibid.*, p. 572).

Devenir analista

No pasarán muchas páginas de ese mismo escrito para que Lacan pueda hacer su anuncio: “Está por formularse una ética que integre las conquistas freudianas sobre el deseo: para poner en su cúspide la cuestión del deseo del analista” (*Ibid.*, p. 595).

El problema, pues, queda reformulado: ya no se trata de interrogar el ser del analista sino su deseo. Haciendo la salvedad, desde ya, de que no se trata del deseo de la persona del analista, de su deseo inconsciente, ni de un deseo sostenido en el fantasma, tampoco del deseo de analizar, de educar o de curar. Será, más bien, el nombre de una función.

Prestemos atención a cómo lo plantea Lacan en determinado momento de su profuso Seminario sobre “La transferencia”. En una auténtica cascada de preguntas y puestas en cuestión, surge lo siguiente: ¿qué debe conseguirse en alguien para que pueda ser un analista? “Dicen –dice Lacan- Ahora debería saber un poquito más de la dialéctica de su inconsciente” (Lacan, 1960-1961, p. 124). De nuevo, la cuestión del saber. “Pero –insiste Lacan-, ¿qué sabe de ello, a fin de cuentas? Y sobre todo, ¿hasta dónde ha tenido que llegar lo que sabe en lo referente a los efectos mismos del saber?”. Y entonces el interrogante se desplaza: “¿Qué debe quedar de sus fantasmas?”, dispara Lacan, aclarando que es capaz de ir más lejos y decir *su* fantasma, aludiendo al fantasma fundamental. Y si, en efecto, la castración es aquello que ha de ser aceptado en el final del análisis, llega una pregunta más, crucial: “¿cuál tiene que ser el papel de la cicatriz de la castración en el *eros* del analista?” (*Ibid.*, p. 125).

Se va despejando, en diferentes geografías conceptuales, un vínculo central del problema que estamos indagando: el del psicoanalista con la castración. Que se pone en juego, como acabamos de apreciar, en relación con la estructura fantasmática, y también en relación con las identificaciones en general. En este sentido, no es infrecuente encontrar en la obra lacaniana un examen de la cuestión del Ideal alrededor del problema del final del análisis. De hecho, en más de una ocasión Lacan plantea la posibilidad de franquear el plano identificatorio. Se trata, por cierto, tanto de las identificaciones *al* analista como *del* analista.

Si la pregunta que con estos últimos pasajes ha decantado es la de *cómo se deviene psicoanalista*, pregunta tan añeja como el psicoanálisis mismo, aquí también el ideal ha jugado un papel protagónico. Los deseos de reconocimiento, los títulos, los emblemas, el puro prestigio, son todas cuestiones que participan de la discusión de Lacan con la institución analítica.

Desde ahí leemos determinadas formulaciones aforísticas del autor, tanto la de que “El analista sólo se autoriza a sí mismo” como la de que “El análisis produce un analista”. Por supuesto, se trata de máximas a verificar caso por caso, porque de alguna manera también se prestan –por su enunciación no exenta de pirotecnica- a convertirse en insignias demagógicas que lejos de subvertir el dogmatismo que enfrentan, pueden terminar consolidándolo.

Agreguemos, de paso, otra pregunta: ¿Y cómo se sigue siendo analista? (Guyomard, 1997).

La posición verdadera

La cuestión del ser del psicoanalista queda aún más descentrada con un término clave que Lacan comienza a aplicarle a aquél: la *posición*. Si bien fue Melanie Klein la que oportunamente introdujo dicha noción en el campo analítico –las posiciones esquizoparanoide y depresiva, decisivas en su edificio conceptual-, con Lacan alcanza una dimensión operatoria por cierto novedosa.

Ya en el *Seminario 1* sostiene que “la posición del analista debe ser la de una *ignorantia docta*, que no quiere decir sabia, sino formal y que puede ser formadora para el sujeto”. La gran tentación, agrega Lacan, es la de transformar esa *ignorantia docta* en *ignorantia docens*: “Apenas cree el psicoanalista saber algo, de psicología por ejemplo, comienza ya su perdición” (Lacan, 1953-54, p. 404).

También en ese seminario se refiere a “lo paradójica que es la posición del analista” (*Ibid.*, p. 85; de Olaso, 2015a). Algo que podemos conectar con un pasaje exquisito de otro seminario, el de *Las formaciones del inconsciente*. Allí Lacan localiza dos horizontes de la demanda en los dos pisos de su grafo del deseo: la demanda de satisfacción de una necesidad y la demanda de amor. De manera inevitable, ante el esbozo de una demanda, estas líneas se superponen.

Ahora bien, más allá de la demanda específica que un sujeto pueda dirigirle al analista –de curación, de significación, de reconocimiento, de ser psicoanalista–, y aun cuando éste último no responda, por el sólo hecho de estar allí ya está respondiendo. De modo tal que favorece, lo quiera o no, la confusión entre transferencia y sugestión. “Así, por principio, somos nocivos”, concluye Lacan (1957-58, p. 438). Algo que, por estructura, resulta inherente a nuestra posición. Pero volvamos al *Seminario 8*, donde Lacan aborda la transferencia y su disparidad subjetiva en términos de posiciones: “la posición de los dos sujetos en presencia no es de ningún modo equivalente” (Lacan, 1960-61, p. 227). Aquí está en juego la metáfora del amor, con las correspondientes posiciones del amante y del amado, el *erastés* y el *eromenós*, que aun en su disimetría comparten un rasgo: no saben, el amado lo que tiene, el amante lo que le falta.

Como en el ajedrez, presente ya desde los escritos técnicos freudianos, se trata de posicionamientos, de modos de ubicarse. Entonces Lacan habla de la posición del sujeto, de la posición del deseo, de la posición de objeto, incluso de “la posición de la transferencia”. Entre paréntesis, unos años más tarde escribiría *Posición del inconsciente*.

Y, en ese contexto, encontramos otra secuencia interrogativa: “¿Cómo situar cuál debe ser el lugar del analista en la transferencia? – en el doble sentido en que la última vez les dije que hay que situar dicho lugar - ¿dónde sitúa el analizado al analista? - ¿dónde debe estar el analista para responderle convenientemente?” (*Ibid.*, p. 367). O sea que el problema del lugar se desdobra, ya que no conduce a una complementariedad ni mucho menos: hay una hiancia –un malentendido, agrega Lacan– entre un vector y el otro.

Pero ahí es donde Lacan interroga, en particular, al que dirige la cura: “¿Puede ser el analista indiferente a lo que es su *posición verdadera*” (*Ibid.*, p. 368, itálicas nuestras). Ahí volverá a entrar en escena el deseo del analista, de la mano del elogio que Lacan hace de la figura de Sócrates: en la medida en que éste rechaza ser el objeto amado de Alcibíades (“No es para mí para quien has hablado, sino para Agatón”) nos regala una interpretación psicoanalítica ejemplar.

Deser

Quizás no esté de más recordar cómo concebía Freud el nacimiento del psicoanálisis. En las conferencias introductorias de 1915 observa lo siguiente: “El psicoanálisis, eso es verdad, no puede gloriarse de no haberse dedicado nunca a pequeñeces. Al contrario, su material de observación lo constituyen por lo común aquellos sucesos inaparentes que las otras ciencias arrojan al costado por demasiado ínfimos, por así decir la escoria del mundo de los fenómenos” (Freud, 1915-16, p. 24). De modo que el psicoanálisis nace de cierto efecto de rechazo. En buena medida, gracias a él. Acaso

como un síntoma de la ciencia. Freud recoge esos desechos, esos desperdicios, e inaugura una práctica inédita.

Pero, a su vez, podemos constatar que, dentro de ese dispositivo, el mismo psicoanalista ocupa un lugar homólogo. Cuando Lacan formula que ese lugar no es otro que el del objeto *a*, y aun cuando en esa posición el analista funcione como causa del deseo del analizante, no se puede soslayar que se trata originariamente de un resto, un desecho, algo que *cae* como residuo de la inscripción del sujeto en el campo del Otro (Lacan, 1962-63).

Lo cual va dibujando, en esa “exterioridad íntima”, una nueva forma de alteridad: ya no la alteridad imaginaria, tampoco la del gran Otro. Se trata de una suerte de *doble real*, tan familiar como extraño, tan íntimo como inquietante, en tanto concierne a algo que nunca ha sido reconocido. A esta altura, pues, el *partenaire* más fundamental del sujeto.

Entonces leemos proposiciones como la siguiente: “La posición del psicoanalista, luego de articularla de la siguiente forma. Digo que esencialmente está hecha del objeto *a* (...) en tanto este objeto *a* designa de forma precisa lo que se presenta, de los efectos del discurso, como más opaco, desconocido desde hace mucho tiempo y, sin embargo, esencial. Se trata del efecto de discurso que es efecto de rechazo” (Lacan, 1969-70, p. 45).

De modo que el analista viene al lugar de este efecto de rechazo, encarnando un objeto que, como hemos anticipado, está destinado a caer al final del proceso de la cura.

Ya Lacan le había encontrado un nombre a esto, *deser*: “el *deser* que para él, el psicoanalizante, ha golpeado el ser del analista” (Lacan, 1967-68, p. 88, traducción personal).

Y desde ahí pues volvemos al inicio, reformulando nuestra pregunta: ¿Qué fue el psicoanalista? O, acaso mejor: ¿Qué habrá sido el psicoanalista?

BIBLIOGRAFÍA

- de Olaso, J. (2015a). Paradojas de la inhibición. Buenos Aires: Manantial.
- de Olaso, J. (2015b). Inhibiciones de la cura. VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XXII Jornadas de Investigación, “30 años de la creación de la Facultad de Psicología. Avances y desarrollos de la Psicología en Argentina”. Buenos Aires, Facultad de Psicología, UBA. Buenos Aires, noviembre de 2015.
- de Olaso, J. (2016). Encrucijadas del deseo del analista. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XXIII Jornadas de Investigación, “Subjetividad contemporánea: elección, inclusión, segregación”. Buenos Aires, Facultad de Psicología, UBA. Buenos Aires, noviembre de 2016.
- Freud, S. (1915-16). “Conferencia 2: Los actos fallidos”. En Conferencias de introducción al psicoanálisis (Partes I y II). En Obras Completas, Vol. XV. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1987.
- Guyomard, P (1997). El goce de lo trágico. Antígona, Lacan y el deseo del analista. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Lacan, J. (1955). Variantes de la cura-tipo. En Escritos, Tomo I. México: Siglo XXI, 1987.
- Lacan, J. (1958). La dirección de la cura y los principios de su poder. En Escritos, Tomo II. México: Siglo XXI, 1988.
- Lacan, J. (1953-54). El Seminario, Libro 1, “Los escritos técnicos de Freud”. Buenos Aires: Paidós, 1988.
- Lacan, J. (1957-58). El Seminario, Libro 5, “Las formaciones del inconsciente”. Buenos Aires: Paidós, 1999.

- Lacan, J. (1958-59). El Seminario, Libro 6, "El deseo y su interpretación". Buenos Aires: Paidós, 2014.
- Lacan, J. (1959-60). El Seminario, Libro 7, "La ética del psicoanálisis". Buenos Aires: Paidós, 1988.
- Lacan, J. (1960-61). El Seminario, Libro 8, "La transferencia". Buenos Aires: Paidós, 2003.
- Lacan, J. (1962-63). El Seminario, Libro 10, "La angustia". Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Lacan, J. (1967-68). L'acte psychanalytique, Séminaire 1967-1968. París: Éditions de l'Association Freudienne Internationale. Publication hors commerce.
- Lacan, J. (1969). El acto psicoanalítico. Reseña del Seminario 1967-1968. En Otros escritos. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Lacan, J. (1969-70). El Seminario, Libro 17: "El reverso del psicoanálisis". Buenos Aires: Paidós, 1992.
- Lacan, J. (1980). Carta al Diario Le Monde. En Escansión, Nueva Serie, 1. Buenos Aires: Fundación del Campo Freudiano en la Argentina. Manantial, 1989.